

Mirador



El órgano del Nautilus

Hace ya más de dos siglos que murió Julio Verne. Muchos colegiales no lo han leído. Los tiempos cambian. Viajar alrededor del mundo en ochenta días o recorrer veinte mil leguas por el fondo del mar les parece ridículo. Prefieren las guerras galácticas y los héroes galácticos.

—Pues yo continúo admirando a Julio Verne —me dice Ramón. Hace pocos días acabé de leer por enésima vez *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Ya sabes que me atraía viajar en avión, pero me ha fascinado siempre hacerlo por debajo del mar. Sobre todo viajar en un submarino tan fastuoso como el Nautilus del Capitán Nemo. Precisamente la otra noche, años después de haber visto la famosa película de Richard Fleischer, soñé que estaba tocando *La Pasión según San Mateo* en el fastuoso órgano del Nautilus al tiempo que, un ejército de sirena de larga cabellera y busto exuberante nadaban en perfecta formación tras la inmensa vidriera del submarino y me guiñaban el ojo al pasar por delante. Seguramente esas sirenas nadan perfectamente que no sé nadar y que, por mucho que me provocasen, no podría seguirles.

Me recuerda que, tras hundir un enorme buque de guerra, el Capitán Nemo dirigió su Nautilus hacia el Maestrom, no lejos de la costa noruega, como deseando ser tragado por ese espantoso torbellino, cuya potencia de atracción se extiende hasta una distancia de quince kilómetros y del que hasta entonces no se había podido escapar nave alguna. Tal vez aquel misterioso marino quiso expiar de ese modo todos sus pecados.

—La novela —sigue contándome Ramón— acaba, pues, con varios interrogantes: ¿Resistió el Nautilus a los impulsos del Maestrom? ¿Vive todavía el Capitán Nemo? ¿Sigue con sus espantosas repesalias?

—Espero que no —respondo. Espero que, extinguido para siempre su odio hacia la Humanidad, el Capitán Nemo continúa navegando todavía por el fondo del océano descubriendo nuevas maravillas, aunque hoy no interesen a nadie.

Javier Tomeo

Cuando aquel hombre veía botellas pensaba en las borracheras que había encerradas en ellas y cuando leía sobre una nueva reforma educativa procedía a beberse las enteras sin dejar una gota. Oía con placer la teoría de que la sed de agua es cosa primitiva, de iberos, y la sed de vino, cultura. O la frase del tonto Guy Debord "uno ha de haber bebido mucho antes de encontrar la excelencia". Es más que probable que las clásicas apologías del vino que tanto le gustaban estuvieran relacionadas con las condiciones de potabilidad del agua en épocas remotas. Recordaba que Onetti habló de la "dulce borrachera bien graduada". Por no graduárselas bien Jaime Gil se veía la cara tan destruida al mirarse en el espejo de un amarguísimo poema.

Leyó que en 1260, en España, había penas para beodos y adulteradores. Le gustaba *El borracho* de Barbet Schroeder basado en un texto de Bukowsky, pero le inquietaban *Días de vino y rosas* de Blake Edwards y *Días sin huella* de Willy Wilder, con esas dramáticas caídas en una húmeda espiral que conduce al delirium tremens. A Juan Goytisolo estas cosas no podían pasarle porque, según dijo alguien, bebía poco y sin convicción. Pero a la gente de la *gauche divine* olía mucho el aliento a ginebra. Uno de sus miembros hace una apología del alcohol antológica (prólogo a *La leyenda del Santo Bebedor*) en tiempos de agua potable, donde abomina del higienismo moderno y de los médicos que muestran imágenes de hígados degradados o escriben sobre los ataques de etanol en el cerebro; también evoca con nostalgia (en esa época llevaba un parche y tenía expresión de desamparo) la burbuja de cordialidad que envuelve a los que saben apreciar los buenos caldos. Tanta burbuja, sin embargo, mató a Dylan Thomas cuyas últimas y cordiales palabras fueron "Me he bebido dieciocho vasos bien llenos de whisky, esto es un récord". Sujetos, en fin, que no pertenecían a la especie de los que dan pequeños sorbitos y hacen durar las copas indefinidamente.

Fantaseaba con el mejunje cuya venta se prohíbe a los menores de dieciséis años (a esa edad él bebía refrescos con granadi-

Alcoholes



na), que causa aparatosos accidentes de tráfico, que le desataba la lengua (una debilidad de la que era consciente pero que no podía evitar), que sirve para relajarse o divertirse de manera poco edificante, que atormenta al detective de Lawrence Block

palizas o textos irracionales y a Neruda aquellos versos: "Amo sobre una mesa/ cuando se habla./ la luz de una botella/ de inteligente vino".

Dylan Thomas, el poeta que decía parecerse a Harpo Marx, terminaba con frecuencia sus

Oía con placer la teoría de que la sed de agua es cosa primitiva, de iberos, y la sed de vino, cultura

haciéndole ir entre pesquisa y pesquisa a Alcohólicos Anónimos, que ingerido con moderación mejora los procesos cognitivos (la imaginación, la asociación de ideas, la empatía y hasta la propia creatividad se ven beneficiadas bajo la influencia de unas cañas), que inspiró a Haro Ivars (con ayuda del Romillar y otras sustancias psicótropicas)

borracheras orinando sobre la alfombra del anfitrión de turno, como denuncia George Tremllett en su biografía. Cuántos se habrán identificado con los versos de Darío: "Potro sin freno se lanzó mi instinto./ mi juventud montó potro sin freno;/ iba embriagado y con puñal al cinto;/ si no cayó fue porque Dios es bueno".

Equipaje de mano

En caso de que, después de leer que hay que bajar el nivel de exigencia en las escuelas para que "no se aprovechen" los más listos, uno también beba demasiados mililitros con el estómago vacío escuchando a Paul Desmond, más tarde se sentirá como si Circe le hubiera convertido en cerdo, rebosante de cansancio, minúsculo, vaciado de toda personalidad, intelectualmente inerte, no recordando nada, ni la frase flaubertiana: "Es preciso ser fuerte y saber emborracharse con un vaso de agua". En esa situación es imposible hacer otra cosa que no sea ver documentales sobre medusas en televisión con una gran debilidad, la boca seca. Más deprimido que la princesa Masako. Y nada quita ese malestar, ni la ducha de agua fría, ni el analgésico, ni el zumo de tomate, ni el café Baqué o la ciencia de Juan Bas. ¿Cómo debió sentirse Benet después de que le hicieran aquella foto agarrado a la farola? ¿O Haro Ibars tras uno de sus desesperados intentos de llamar la atención en busca de reconocimiento? El bloody mary es efectivo pero resulta el primer paso para convertirse en mister Hyde de nuevo y dejar la solución para el futuro. En la antigüedad Plinio el Viejo lo solucionaba con dos huevos de búho, lo que en principio no parece mala idea, pero el problema es encontrar el búho y luego convencerle de que ponga dos huevos y ninguna de las dos cosas es extremadamente sencilla. Cuentan que los asirios tomaban una cucharada de mirra y otra de picos de gorrión molidos, pero bueno, eran los asirios... Sólo queda esperar a que sea posible empezar a regenerarse lentamente mediante la lectura de la última novela de Martín Amis, quizá las memorias del ex borracho Bryce, el mismo que dice que la *gauche divine* era una horterada. Qué alivio notar después que se ha recuperado la condición de persona culta y educada en la importancia de la exigencia, el esfuerzo, el mérito, le responsabilidad, la disciplina...

Antonio Otero García-Tornel

Pensamientos brillantes

Ayer por la tarde me asaltaron unos pensamientos. Como todos los viernes, recorría los bares del barrio junto a los amigos. Entre vino y charla se colaron de pronto en mi cabeza y me parecieron brillantes. Como en otras ocasiones me ilusioné pensando que podrían servirme para un buen relato. Así que entre comentarios sobre el próximo partido del Athletic, las noticias del día y otras zandajadas divertidas, aparecían y desaparecían igual que el río Guadiana. En varias ocasiones, para no olvidarlos, estuve tentado de esbozarlos en una servilleta; pero

me retuvo el pudor y la previsible obligación de dar explicaciones. Ni qué decir tiene que estas piruetas mentales confirmaron mi proverbial zafiedad, materializada en esta ocasión con la caída de un vaso y los consiguientes reproches.

Por la noche, y mientras cenaba, seguí ensimismado con mis pensamientos. Le daba vueltas al asunto, jugaba con ellos, los matizaba intentando mejorarlos y construía al tiempo historias que me sirvieran de soporte para expresarlos. Me fui a la cama con la pasión de imaginar un relato terminado, el reconocimiento de los amigos y la posibi-

lidad de recibir un premio. Finalmente me abandoné sin reservas a esa ilusión hasta que poco a poco me venció el sueño.

Hoy me despertado temprano y tan pronto como he sentido la vida, han vuelto a mi cabeza otra vez y se han avivado el deseo de expresarlos. Por eso, mientras desayunaba, he decidido abandonar los planes que tenía para quedarme en casa a escribirlos.

Por fin me he sentado en el ordenador y he comenzado. El primer intento ha sido un fracaso; apenas he sido capaz de escribir tres líneas que una vez releídas, no expresaban lo que mi mente

quería. Con decisión lo he borrado todo y me he puesto de nuevo a la tarea. Idéntico resultado. Me he levantado y he paseado por el cuarto reflexionando. En ese ir y venir, algo me ha dicho que aquellos pensamientos brillantes no lo eran tanto. Aún así, he tomado aliento y me he lanzado a un tercer intento, agobiado ya por la sombra del fracaso. Finalmente he desistido. Decepcionado, he pasado un rato mirando por la ventana. Luego, asumida la pena, he dedicado la mañana a leer.

Mikel Jauregui